

lleguemos á descubrir aquel último resultado de estas mismas facultades, fuera del cual no debe ya esperarse otro ninguno, diremos rectamente que este último resultado es el objeto del hombre, la razón de su existencia, la mira que se propuso su Criador al sacarlo de la nada; en una palabra, su fin.

504. En la primera parte de la sección primera hicimos un exámen filosófico de las potencias y facultades del alma, exámen que nos condujo á reconocer que esta tiene dos potencias y cada potencia tiene un objeto: el entendimiento conocer la verdad, y la voluntad abrazar el bien. En la segunda parte de la misma sección probámos que el alma es espiritual. En la primera parte de la tercera hicimos ver que es por su naturaleza indestructible. En la sección segunda subimos á su origen, manifestando que este origen es Dios; y como Dios en virtud de su Omnipotencia la sacó de la nada, y por consiguiente en virtud de su Omnipotencia podía volverla á la nada, nos ocupámos en la segunda parte de la sección tercera en probar que atendidas las relaciones que median entre Dios y el hombre, Dios léjos de usar de su Omnipotencia para volvernos á la nada, ha concedido á nuestro espíritu una existencia inmortal. Tiempo es ahora pues de aplicar á nuestro asunto esta serie de verdades, y hacer concurrir sus consecuencias á la manifestación de nuestro fin. Para proceder pues metódicamente inferiremos de la primera, que el conocimiento de la verdad y la prosecución del bien se refunden en el deseo de la felicidad; de la segunda, que esta felicidad

ha de ser tan pura y simple, como el espíritu, y tan cumplida como lo indican sus aspiraciones; y de la última, finalmente, que debe tener, lo mismo que el alma, una duración inmortal. De estas tres consecuencias resulta que el hombre por su naturaleza reconoce como fin una felicidad pura, suma é inmortal.

CAPITULO PRIMERO.

El conocimiento de la verdad y la prosecución del bien se refunden en el deseo de la felicidad.

505. Entre todos los pensamientos y afecciones diferentes que ocupan el espíritu, ninguno hai por ventura ni mas arraigado, ni mas dominante que el deseo de la felicidad. El hombre se siente continuamente arrebatado hácia ella como el acero al imán, discurre para conocerla, obra para conseguirla. Se equivoca las mas veces, cuando abraza un objeto que le atrae; pero siempre lo busca y abraza, por que se ofrece á su imaginación bajo el aspecto y con el bello colorido de la felicidad. ¿Qué es pues la felicidad? No nos importa por ahora definirla, pues ni necesitamos al presente de otra cosa que de recordar á nuestro propósito lo que todo el mundo sabe, y es que la palabra felicidad, que anda en los labios de todos, corresponde á un estado de goces, á un bienestar indefinido, cuya posesión forma el voto comun de toda la especie humana.

506. El que practica grandes virtudes y el que se abandona á los crímenes enormes; el que cultiva las ciencias y las letras, y el que permanece siempre

dado á los trabajos mecánicos del cuerpo; el hombre de gabinete y el sencillo labrador; el niño, el jóven el hombre y el anciano; todos piensan por conocer la felicidad, todos obran por alcanzarla. Por esto dijimos en otro lugar, (1) que el hombre nada abraza sino bajo la razon de bien, ni repele cosa alguna sino bajo la razon de mal.

507. Siendo pues el deseo de la felicidad el sentimiento comun, activo y poderoso, y como el gran vínculo que une los intereses de todo el género humano, es claro que á él se refieren todas nuestras ideas, inclinaciones y sentimientos, nuestro instinto y nuestra razon, nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Si el rigor del análisis nos llevó á reconocer aparte y de por sí el objeto inmediato y singular de las dos potencias de nuestra alma, el mismo análisis al descubrirnos las íntimas y esenciales relaciones que median entre el entendimiento y la voluntad, nos convence de que ambas, propiamente hablando, tienen un objeto comun, que es la felicidad. Para comprender que en esta vienen á refundirse el conocimiento de la verdad y la prosecucion del bien, basta lo que llevamos expuesto; pero sin embargo, para dar á este concepto mayor claridad, haremos un ligero análisis.

508. Si el entendimiento se afana por extender sus conocimientos y adquirir el mayor número posible de verdades, no lo hace por una mera especulacion, sino por que aquellos conocimientos ilustran los caminos, y estas verdades muestran los ca-

(1) Pág. 109, § 139 de este tomo.

acteres del bien. Para sentir toda la exactitud de este concepto, basta discurrir que nuestras ideas se extienden y multiplican á medida que nuestra atencion se ejercita y perfecciona, y que nuestra atencion sigue siempre la razon directa del interes que tenemos en pensar; y siendo este interes el deseo que sentimos de conseguir una cosa que miramos como un bien, es claro que buscamos la verdad, impulsados por el deseo de adquirir un bien.

509. Hace muchos siglos que está proscrito del teatro de las ciencias cuanto no contribuye á mejorar la suerte del individuo y de la sociedad. Así es como los grandes descubrimientos y las producciones insignes, que tanto ilustran la historia del entendimiento humano, valen tanto á los ojos de una buena crítica, cuantos son los bienes que han difundido en los pueblos. Ninguna de las ciencias, ninguna de las artes deja de presentar los bienes que produce, como otros tantos derechos que tiene á la universal estimacion. Las mismas bellas artes, que á primera vista parecen destinadas únicamente al ornato y recreo, aunque con solo esto probarian que se cultivan como otros tantos medios para conseguir algun bien; tienen efectivamente una positiva utilidad; y basta un mediano conocimiento en la historia, para saber el grande influjo que han ejercido la Pintura, la Arquitectura, la Música y la Poesía en suavizar las costumbres y extender la civilizacion.

510. Por otra parte, ya vimos que la voluntad sigue por lo comun las inspiraciones del entendimiento; que este ha sido hecho para aquella; que para querer una cosa, es necesario conocerla; y que

por lo mismo concurren igualmente á la libertad, como elementos esenciales de ella, el entendimiento y la voluntad, el entendimiento que delibera, y la voluntad que abraza el objeto preferido. ¿Mas qué busca el entendimiento en los objetos, cuando los examina con el fin de proponérselos á la voluntad? ¿Qué caracteres debe reunir el objeto preferido entre dos ó mas objetos comparados? Consúltese á la experiencia propia y agena, y se verá que se busca primeramente un bien y se elige lo que parece mejor. Resulta de aquí que el entendimiento no es mas que la guia constante de la voluntad, y que la verdad no es otra cosa que la manifestacion del bien. Pasemos adelante.

511. Hemos visto que todos los conocimientos humanos se refunden en la verdad, y que la verdad no es otra cosa que el bien propuesto por el entendimiento á la voluntad. Siendo pues el bien el objeto de esta potencia, solo resta examinar, por qué motivo la voluntad busca el bien con tanto anhelo y lo abraza con tal decision.

512. Cuando el alma es poseedora de un bien, experimenta como todo el mundo sabe por experiencia propia, un sentimiento mas ó ménos intenso y prolongado de placer, de delicia; siente un verdadero goce y un perfecto bienestar: pero como este bien, segun tenemos advertido, (1) puede ser verdadero ó aparente, el placer que causa es segunido no pocas veces del dolor que acompaña al desengaño, y el hombre pasa de un bienestar momentáneo al arre-

(1) Pág. 109, § 139 de este tomo.

pentimiento. Pero siempre se ve, que al buscar el objeto, lo mira como un bien positivo y espera de su posesion el gozo, el placer.

512. El hombre se llama feliz cuando goza, calcula su felicidad por el número y la intensidad de sus placeres; así como se llama infeliz cuando padece, y calcula su infelicidad por el número y la intensidad de sus dolores. Resulta de aquí que la felicidad consiste en el placer y la infelicidad consiste en el dolor; y como la voluntad siempre que obra, trata de alcanzar el primero, ó de huir el segundo, se infiere naturalmente que busca el bien como una posesion que le pone luego en un estado de goce y de placer; y como semejante estado constituye la felicidad, es claro que la prosecucion del bien se refunde sustancialmente en el deseo de la felicidad.

CAPITULO SEGUNDO.

Esta felicidad debe ser pura, suma é inmortal.

514. Entiendo por una felicidad pura un goce ó placer que no sea interrumpido por el disgusto ó el dolor. Para probar pues que la felicidad, considerada como fin, debe ser una felicidad pura, conviene ya determinar exactamente los caracteres, que debe tener el fin de cada cosa.

515. Hemos dicho que por *fin de una cosa* entendemos *aquello para qué ha sido hecha*; pero esta definicion es mui vaga todavía. Un objeto puede servir y sirve defacto algunas veces á diferentes usos: en este caso ha sido hecho para tantas cosas cuantos usos tiene: ¿tendrá pues otros tantos fines? No

por cierto, porque el fin es siempre uno. ¿Cómo llegaremos pues á descubrir, entre todos los usos que va teniendo cada cosa, aquel particular objeto que le sirve de fin? Por medio del análisis. Hai en todas las partes constitutivas de un objeto, así como tambien en todos los efectos producidos por una causa, relaciones íntimas de dependencia mutua, relaciones por cuya serie mas ó ménos larga va discurriendo nuestra razon, como podria ir pasando nuestra mano por todos los eslabones de una gran cadena; y así como en esta hai un primer eslabon desde donde comienza y un último eslabon donde concluye, el cual por lo mismo los domina á todos; así tambien allá hai una primera facultad, una primera operacion, ó una primera relacion, con cada una de las cuales se van sucesiva y metódicamente enlazando todas las otras facultades, operaciones y relaciones, por las cuales vamos caminando hasta llegar á un punto fuera del cual no existe ni puede esperarse tampoco, atendida la naturaleza del objeto que analizamos, ninguna otra facultad, ninguna otra operacion, ni otra relacion nueva. Todavía hai mas: estas tres cosas se hallan á su turno íntimamente enlazadas: las operaciones son el efecto inmediato de las facultades; y las relaciones son el resultado neto de las unas y de las otras, así como tambien corresponden á las analogías que tiene este conjunto con cada uno de sus objetos. Ahora bien, examinando la cosa cuyo fin nos proponemos encontrar, (y sea por ejemplo el hombre,) lo primero que descubrimos es que el cuerpo sirve al alma. El alma es el fin del cuerpo, pero no el fin del hombre. Dejemos pues,

al cuerpo, para atender únicamente al alma: en esta descubrimos dos potencias, el entendimiento que sirve á la voluntad: esta es por tanto el fin de aquel, pero nó el fin del hombre: dejemos pues al entendimiento para atender á la voluntad: analizando esta potencia la vemos impelida por la necesidad poner en movimiento á todo el hombre para conseguir el bien: luego el bien es el fin de la voluntad; pero no el fin del hombre: examinando el bien advertimos que produce la felicidad; y como fuera de ella no hai otra cosa ya, nos detenemos aquí, para formar el siguiente raciocinio: la felicidad es el fin del bien, el bien es el fin de la voluntad, la voluntad es el fin del entendimiento, el conjunto de estas dos potencias, ó sea el alma, es el fin del cuerpo, el hombre es un compuesto de cuerpo y alma: luego la felicidad es el fin del hombre.

516. Investigando pues el motivo porque hemos dado á la felicidad el nombre de fin, hallamos que ha sido por dos razones principales: primera por que á la felicidad van dirigidas en último resultado todas las facultades físicas, intelectuales y morales, todas las operaciones físicas, intelectuales y morales, todas las relaciones físicas, intelectuales y morales del hombre: segunda porque mas allá de la felicidad no hai otra cosa á la cual podamos referir algo de lo que constituye al hombre. De este análisis resulta que el fin de cada cosa es aquello á lo cual se refiere su naturaleza toda, y fuera de lo cual no queda nada á que pueda referirse. Volvamos pues á nuestro propósito.

517. Sabemos que la felicidad es el fin del hombre;

que este se llama feliz cuando goza, infeliz cuando padece. ¿Pero qué, cualquiera goce, cualquiera placer, constituye aquella felicidad que forma su fin? No ciertamente: es necesario un goce, fuera del cual no exista otra cosa que arrastre nuestros deseos y ponga en acción nuestras facultades. Un goce mezclado, ó interrumpido con el dolor, léjos de satisfacernos, mantiene siempre y fomenta de continuo nuestra inquietud: luego el goce no debe tener mezcla ninguna, nada que engendre la desazon, nada que produzca el arrepentimiento; y como un goce de esta naturaleza es un goce puro y simple como el espíritu, decimos en primer lugar, que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad pura y simple.

518. Puede tenerse un goce puro y simple poseyendo un verdadero bien; pero columbrar al mismo tiempo la existencia de otros bienes que difundirían por el alma un placer semejante. ¿Aquel goce nos dará la idea perfecta de la felicidad? No por cierto, puesto que fuera de él hai otros que puedan apetecerse. Por esto dijimos que la felicidad, de que se trata, debe ser una felicidad suma, es decir, una reunion de tantos bienes cuantos basten á llenar los deseos inmensos del espíritu.

519. Hai mas todavía: puede gozarse una felicidad suma, es decir, llegar á la posesion de todos los bienes; pero teniendo al mismo tiempo la conviccion plena de que ha de llegar un dia en que se pierda este rico tesoro, bien porque se nos prive de él, ó bien porque dejemos ya de existir. A la vista de este convencimiento, ¿podrá el alma permanecer tranquila? ¿gozará en efecto de la felicidad? ¿No habrá

un objeto nuevo que arrastre imperiosamente sus deseos y ponga en ejercicio sus facultades todas? Seria mui natural entónces el que desease conservar todos los bienes y conservarse ella para disfrutarlos. La experiencia de lo que pasa en nosotros de continuo con los goces limitados que llegamos á conseguir nos confirma demasiado en el conocimiento de esta verdad: el temor de perder los tesoros perturba el sueño del avaro; y el de un accidente repentino que suspenda los nobles trabajos de la inteligencia suele interrumpir de vez en cuando los goces puros del que se consagra á la sabiduría: el dolor que causan los recuerdos de una felicidad pasajera ha hecho suspirar mas de una vez la lira de los poetas. Acaso no hai sentimiento mas penoso que el de la muerte, pues cuanto son mas grandes los placeres de la vida, tanto mas crecen con el presentimiento de su pérdida las amarguras del corazón. Una felicidad pues, que solo cuenta con una duracion precaria no es la que debe fijarnos cuando tratamos de descubrir el fin de una criatura que ha recibido del cielo una alma inmortal; y en esto nos hemos fundado para decir al mismo tiempo que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad inmortal. Una felicidad sin mezcla de infortunio, una felicidad suma, una felicidad inmortal, corresponde á un bienestar tan cumplido, á una delicia tan consumada, á un goce tan perfecto, que fuera de ella no descubrimos otra cosa, ni puede existir nada, á lo cual pudiera referirse la naturaleza del hombre. luego el fin del hombre consiste precisamente en una felicidad pura, suma é inmortal.